

Inteligencia Común



Adlbembow Doe



Alguien formuló la teoría de que la cantidad total de inteligencia en el planeta, es un valor fijo, independiente del número de habitantes. Si la población aumenta...

Todo comenzó de forma aparentemente inofensiva. Al fin y al cabo era un país democrático y moderno, quizá, el más democrático y moderno. O eso se pensaba.

Al parecer, pese a la unidad política establecida, la realidad social era diversa. Existían comunidades de población, con gustos y maneras propias, que se percibían como un panorama rico y variado al desplazarse por el país y cada ciudadano se sentía complacido y quizá orgulloso, sin alardes, de esas particularidades propias, que sin necesidad de decirlo explícitamente, mostraban a los demás su procedencia. Y al conocer su procedencia, se entendían sus diferencias -que no eran desconocidas- y de esa manera se facilitaba el diálogo, la comunicación, el entendimiento. Casi perfecto.

Pero, -siempre hay uno o varios *peros*- algunos no se sentían complacidos de que sus particularidades fueran similares -que no idénticas- a las de otros; su individualidad, decían, estaba fundamentada en su Historia (así con mayúscula), su Tradición (también con mayúscula... bueno, en su caso todo era mayúsculo), su Paisaje, su Clima, su Lengua, su Gastronomía, su Idiosincrasia, en fin...lo Suyo.

¿La razón? No había; aunque si motivos, tal vez aparentes, pero innegables. Su historia era más brillante, aunque abundaran las derrotas, más que las victorias. Sus tradiciones, más auténticas, aunque las de los demás no fueran falsas. Su excepcional paisaje, existía, no había más que verlo, como todos los demás paisajes. Tenían clima, pero los demás también se habían procurado uno. Su lengua servía para comunicarse, como todas las lenguas. Su gastronomía dependía de los alimentos que tenían cerca y en buena medida, también de los que carecían, como en cualquier otro sitio. Su idiosincrasia los distinguía, como a los demás; pero persistía en ellos la sensación de que *debían* ser especiales. Y tenían perfecto derecho, así lo decían las Leyes. Algún mal pensante dijo que sólo era por llamar la atención o para compensar algún sentimiento de inferioridad compartido, pero nadie les hizo caso, *naturalmente*.

De manera que propusieron que su comunidad constituyera una singularidad especial dentro del país, que fuera reconocida por propios y foráneos (especialmente los foráneos), con un tratamiento especial y naturalmente unos medios especiales. Hasta aquí todo lícito y legítimo.





Para simplificar las cosas, enarbolaron la bandera de la lengua como metáfora de su peculiaridad y exigieron respeto sin resquicios, allá donde hubiera la mínima oportunidad de exigirlo. Y los demás, desde luego, respetaron.

Pero los demás también exigieron igual consideración; no iban a ser menos por el hecho de vivir en el interior y no en la costa, o por llamar blanco al blanco o cultivar patatas, en vez de nabos. Y también tenían derecho, por qué no.

Y así, el país quedó configurado – que no dividido- como una alfombra de Tabriz, con diversos motivos y símbolos, identificables y variados, pero hechos con la misma lana.

Y se exigió que en los foros públicos, Congreso de la Nación, Senado, Ministerios y Administraciones, etc., cada uno pudiera hablar en su lengua aborigen, sin tener que hablar una lengua única, que por cierto, entendían todos, pero que no satisfacía a todos, no por defecto de la lengua en sí misma, sino porque hablarla era una cesión de su particularidad, que no tenían por qué hacer y además, no querían hacer.

De esta manera, para “facilitar”, hubo que proporcionarles traductores bilingües, uno por cada lengua, para hacerse entender. Innecesario, pero respetuoso. Sus Señorías, Excelencias, Comisarios, Directores Generales, Delegados y demás, estaban más o menos conformes.

Y se cambiaron nombres a ciudades para hacerlas más auténticas (como si eso fuera posible) y se inventaron nuevas palabras que sonaban a autóctono, para definir conceptos modernos inexistentes en su lengua vernácula y rural y así completar un diccionario que parecía exiguo a sus ojos, en comparación (siempre en comparación) con otros, de natural, más plenos.

Nadie se preguntó por qué, si el lenguaje surgió para comunicarse, para crear y transmitir ideas complejas, ahora se utilizaban ideas complejas para incomunicarse.

Pero sucedió que dentro de cada comunidad, existían regiones, comarcas y municipios con particularidades lingüísticas, gastronómicas, económicas o paisajísticas, mínimas pero igualmente defendibles como únicas y por tanto respetables. Y exigieron respeto. El tamaño y el número de habitantes de estas particularidades sociales no importaban. Estaba en juego el derecho, Y el derecho es *sagrado*.

Y se sumaron a la reclamación comunidades de origen extranjero pero habitantes en el país y reclamaron espacios cívicos, escuelas, templos y oficinas administrativas que contemplaran con igual respeto sus particularidades. No habían emigrado para ver como se menospreciaban su cultura y costumbres. No importaba





que su cultura o costumbres fueran frecuentemente el motivo de su desplazamiento, ni que hubieran venido precisamente para comenzar un nuevo proyecto de vida. Lo que importaba era que tenían derechos.

De manera que hubo que proporcionar no sólo traductores para lenguas exóticas o que sólo se diferenciaban, a veces, en la manera de pronunciar unas decenas de palabras o en la elección de un vocablo determinado en vez de otro, para referirse a la misma cosa, sino que también hubo de proporcionarse cocineros diversos que prepararan platos autóctonos de cada comunidad, por pequeña que fuera, en los banquetes o comedores oficiales, chóferes diferenciados, asistentes diferenciados, impresos o programas de ordenador diferenciados y así en todo lo que pudiera ser diferenciado.

Los restaurantes y hoteles sólo contrataron a camareros o cocineros expertos en lenguas. Hubo que poner máquinas traductoras automáticas en estaciones y aeropuertos, paradas de bus y taxis. Un municipio reclamó que su plato típico, el cocido, fuera declarado Patrimonio de la Humanidad y se prohibiera su elaboración fuera de su término municipal, para preservar su pureza.

En las escuelas se multiplicaron las aulas y planes de estudio para dar acogida a minorías que en ocasiones no existían, pero por si acaso. De todas formas los alumnos salían más conocedores de su realidad cotidiana y doméstica y más ignorantes de todo lo demás, es decir, del universo que había más allá. Eso si, en muchas lenguas.

Naturalmente todo este despliegue virulento de *extrema democracia* precisaba del adecuado soporte legal y administrativo. Se precisaron numerosos Gobiernos, Consejerías, Delegaciones y Agencias, todas dotadas de abundantes recursos materiales y humanos *absolutamente necesarios* para crear y hacer cumplir Leyes, Reglamentos, Códigos y Recomendaciones. Lo lamentable era que cada comunidad legislaba *para dentro*, lo que hacía que los proyectos comunes se convirtieran en un escollo cada vez más difícil de sortear y más caro de obtener.

Al menor descuido, las denuncias por violación de derechos de peculiaridad o soberanía, inundaban los juzgados. Los turistas dejaron de ir a un país para el que no sabían cuantos manuales de idiomas comprar, ni si podían pedir un plato de arroz en una ciudad costera tradicionalmente piscívora. No era infrecuente que servicios proporcionados para una comunidad fueran negados, sustituidos o alterados en otra, de manera que, para un viajero, todo era una – a veces desagradable- sorpresa o un ejercicio de erudición.





Las empresas multinacionales huyeron a otros mercados, abrumadas por las burocracias autónomas. Los manuales (con traducción) de aparatos, abultaban más que el producto, las señales de tráfico eran un caos de símbolos a cual más autóctono; a veces una vaca significaba “Ciudad origen de la afamada Ternera de Parrandilla” y otras “Peligro de contagio por fiebre vacuna” o “Prohibido molestar a las sagradas vacas de Vishnú Trimurti”.

Así es como, lejos de dar satisfacción a todos, lo que se consiguió fue aumentar las diferencias, hasta superar a las similitudes, provocar disputas acerca de quién tenía una peculiaridad más legítima (o una boina más grande), provocar confusión y frustración, caos organizativo y diferencias administrativas insalvables.

Incluso se habló con fuerza de la Independencia (palabra sagrada) como solución a los conflictos, sin caer en la cuenta de que una región independiente pasaría automáticamente a la cola del desarrollo y la diplomacia internacional los consideraría como lo que realmente eran... un país del tamaño de una región. Su peso político y sus relaciones comerciales, serían equivalentes a su importancia y probablemente no tardarían en ser satélite de otro país más grande, rico y quizá lejano.

Mientras tanto, los ciudadanos asistían perplejos a tal despliegue, sin atreverse a criticar lo que era un derecho, pero sufriendo las consecuencias de aquel disparate y viendo como se reclamaba una y otra vez más dinero para mantener este aparato (algunos dirían que, artefacto).

Así fue, hasta que el país entero empezó a resentirse de aquel despilfarro sin sentido y fue empobreciendo económica e intelectualmente de forma lenta pero inexorable como nunca antes había conocido, ni siquiera en tiempos de guerra o hambruna medieval. Pero eso sí, era un país democrático y moderno, plural y sensibilizado, como el que más.

De esta manera, unidos en la pobreza, iguales en la desgracia, hermanados por el desatino, el país hubo de volver –a la fuerza- a ser sensato y unánime a través de la miseria física y metafísica. Todos estaban de acuerdo (excepto los que obtenían beneficio) en que no se había conseguido mejorar en nada, que todo era más difícil y a la vez más ajeno y que la situación era insostenible. Porque lo que importaba –que no lo importante- era sobrevivir. Y se comió lo que hubiera, sin importar la procedencia. Y se habló como fuera necesario, para hacerse entender.





Alguien formuló la teoría de que la cantidad total de inteligencia en el planeta, es un valor fijo, independiente del número de habitantes. La población había aumentado mucho. Sobre todo, la población administrativa.



1623 "Nova et accurata Tabula Hispaniae"

